



PERSEVERAR EN EL AMOR (**LA FORTALEZA**)

TEMA 7 / SESIÓN PRIMERA

TEMA 7 / SESIÓN PRIMERA

IDEAS

- La fortaleza es la virtud por la cual perseveramos en la búsqueda del bien y resistimos ante las dificultades que se nos presentan para alcanzarlo.
- La virtud de la fortaleza se forja en la paciencia y la obediencia a la voluntad de Dios, incluso en medio de las tentaciones.
- La fortaleza implica la capacidad de renuncia y de entrega de uno mismo, sin miedo a ser dejado sólo en la búsqueda de la voluntad de Dios.

DESARROLLO

El precioso don de la fortaleza es la manera en que el Espíritu Santo nos asegura en las dificultades de la vida y nos anima a buscar de un modo perseverante y a través de los obstáculos el bien. Nos es especialmente necesaria para afrontar las tentaciones y las pruebas y persecuciones sufridas por nuestra fidelidad a la verdad. Es, finalmente, la virtud que acompaña a los mártires a entregar la vida generosamente por un valor más alto, como es Jesucristo. Para poder adentrarnos en el sentido más profundo de este don, lo miraremos primero en Jesús, para después ver la llamada a ser fuertes como un reflejo de la fortaleza del Señor.

La fortaleza de Cristo

En los evangelios podemos ver cómo Jesús cultivó mucho la virtud de la fortaleza para poder *elegir el bien*. En el caso de Jesús, como en el del cristiano, elegir el bien es lo mismo que elegir la voluntad de Dios. Ese es el caso misterioso de los treinta años vividos en el silencio de Nazaret, para los que hace falta fortaleza de ánimo para afrontarlos. Vivir escondidamente no es un salto fuera de la existencia. En el caso del Señor se trata de una obediencia que temple su corazón para la futura misión. Jesús enseña que toda obra grande nace en el silencio, y que vivir escondidamente no es arruinar la vida, sino fortalecer el interior para no acabar dependiendo del exterior.

Un ejemplo muy esclarecedor de esta fortaleza adquirida en el silencio de Nazaret es *Lc 4, 1-13*, el famoso relato de las tentaciones en el desierto. El Señor resiste la prueba en orden a una vida mejor, como es la obediencia al Padre, de donde vendrá nuestra salvación. Jesús, valientemente, hace frente a la tentación que quiere apartarle de la voluntad de Dios. De esta manera, se nos enseña que la fortaleza es necesaria para elegir el bien mejor, y no dejarnos engañar por caminos aparentemente más cortos y más fáciles. Es por eso por lo que esta virtud es considerada como el don del *bien arduo*, del bien que es costoso pero infinitamente mejor.

En el relato de las tentaciones, además, se nos proporciona una gran enseñanza acerca de cómo vivir la virtud de la fortaleza, tan necesaria para la fidelidad. En la narración se nos cuenta cómo el enemigo tienta a Jesús para que abandone la fidelidad en orden a hacer “su camino”, no el que el Padre le ha encomendado. A la vez, se nos presenta a Jesús que en sus respuestas no entra en discusión con su oponente, es decir, que es muy *prudente* y sólo acude a responder con la Palabra de Dios, que ha de obedecer. Se nos muestra así, que la fortaleza necesita de la prudencia. La virtud de la fortaleza no tiene nada que ver con una impetuosidad ciega. Quien se expone a toda clase de peligros no es valiente. La esencia del valor no es exponerse a cualquier forma de peligro, o vivir peligrosamente, sino que la esencia de la fortaleza es la entrega de sí mismo a una verdad más alta: en el caso de Jesús y del cristiano se trata de la fidelidad a la voluntad de Dios. La auténtica fortaleza, tal y como muestra la vida de Jesús, supone una valoración justa de las cosas: tanto de las que se «arriesga», como de las que se espera proteger o ganar. Jesús, prudentemente, no pone en juego lo esencial: la voluntad de Dios.

Por otra parte, el evangelista San Lucas señala un detalle de una importancia fundamental: «Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán y *era conducido por el Espíritu* en el desierto, durante cuarenta días, tentado por el diablo». Jesús acaba de recibir el Espíritu Santo en el Bautismo, y ese mismo Espíritu es el que lo conduce al desierto para ser tentado. De esta manera se nos muestra a los cristianos que la tentación no es algo malo, sino que puede ayudarnos a fortalecer nuestro interior y a enseñarnos a combatir nuestra fidelidad. Jesús será pobre, humilde y obediente, y esto se ha conquistado a través de la prueba. Ella le ha enseñado a elegir bien, a ser fiel a Dios.

A lo largo de su ministerio, su vida estuvo hondamente orientada hacia la disposición a perder la vida, al sacrificio de su persona, dejándose conducir como «cordero llevado al matadero». Viviendo así, se trata del mismo que expulsó a los mercaderes del templo con el látigo (Lc 19, 45-46), el que no tuvo miedo a quedarse sólo ante sus discípulos cuando habló de comer su carne y beber su sangre (Jn 6, 67). Este aspecto de es muy importante en la vida del Señor. Ante aquellos a los que había llamado al seguimiento, a los que había hecho partícipes de sus mismos sentimientos, a los que les revelaba los secretos del Reino de los cielos, ante esos mismos Jesús no perdió su libertad. En un gesto que puede parecerse como de cierta dureza en sus palabras: «¿También vosotros queréis marcharos?», lo que está manifestando es que el centro de su vida es el Padre y su voluntad, y no el *no desagradar*. Se trata de una manifestación de la fortaleza de Jesús, quien no tiene miedo a hablar de las cosas como son, aún a riesgo de no ser acogido ni entendido. Conviene destacar que esto no lo hace ante sus adversarios, sino con los más cercanos, con los que había escogido.

La ausencia de miedo a la soledad no proviene de una actitud estoica, sino de la confianza en que el Padre no le dejará sólo. Esta es la certeza que fortalece el corazón del Señor: la conciencia serena y cierta de que el Padre trabaja y descansa con Él, que no falta en el día a día, incluso pasando por el trance del sufrimiento, la quiebra o la soledad.

Será en la Pasión donde podemos ver otro aspecto fundamental de la fortaleza: la capacidad de renuncia y de sacrificio de la propia vida a favor de una causa justa. Este aspecto de la virtud conlleva que ser fuerte implica necesariamente poder *ser herido*. Si el hombre puede ser fuerte es porque esencialmente es vulnerable. Ser fuerte es, en el fondo, estar dispuesto a morir, estar dispuesto a caer. Por eso la Iglesia, siguiendo el ejemplo de su Señor, pone como raíz esencial de la virtud de la fortaleza cristiana la disposición al martirio, sin la cual disposición no se da el hábito de la valentía. En la Pasión de Jesús vemos cómo forma parte de la esencia de la fortaleza el combate que esta virtud libra contra el predominio del mal, del que el fuerte triunfa sólo a costa de ser herido.

Jesús hace frente a lo espantoso sin consentir que se le impida la práctica del bien, algo que define propiamente la virtud de la fortaleza. En mitad del suplicio, dos gestos del Señor sobrepasan la capacidad mundana de comprensión: ante sus torturadores pronuncia las palabras «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34), y, en el trance de muerte de uno de los ladrones: «Yo te aseguro, hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 43). En unas circunstancias en las que el mal habría de apoderarse de las entrañas de Jesús, la fortaleza se manifiesta en el amor al bien, aunque no sea para uno mismo, en una enérgica actividad del alma que se presenta como verdadera perseverancia en la adhesión al bien. Jesús, en el trance más definitivo abre su corazón mostrando la esencia de la virtud de la fortaleza: tener fija la mirada en lo último, en lo definitivo, en lo eterno.